

me produjo esa invitación fue tanta, que sólo acerté, indignado, a decirle: «Señor Quilez Vicente, ¿quién se ha creído usted que soy yo, un Landrú, un Barbazul, un Conde Drácula? ¡Le prohibo que me dirija la palabra a partir de este momento, hasta por lo menos dentro de un año! ¡Ya le avisaré!»

No volvimos a vernos, sino mucho tiempo después, y ya no en La Habana, sino en Madrid. Fue él uno de los muchos republicanos que volvieron a su patria antes de la caída del régimen. Quilez Vicente ya no tenía audiencia aquí. Viejo, pero muy brioso, con un sombrero alón como el que usaba Alfonso Camín, sombrero de mosquetero a lo Pompeyo Gener, escribió poco antes de la muerte una crónica tremenda, barroca, alucinante. Le confiaron la descripción de la boda de un hijo del general Batista con una muchacha española. Quilez Vicente contó lo que vio y lo que no vio en el sarao; agotó la hipérbole. Habló de un cheque por dos millones de dólares, en una vitrina, con lo que le trajo al general unos dolores de cabeza enormes. Terminaba así cumplidamente su carrera de reportero sensacionalista, de hombre especializado en extraer a un suceso diez o doce crónicas, aumentando día tras día la tirada del periódico o de la revista. Fue quizá la última versión de aquellos folletinistas a lo Luis de Val o a lo Fernández y González.

VIII

De los exiliados acogidos por Claret en *Información* voy a dejarme muchos en el teclado. Luis Amado Blanco y José Luis Galbe se quedaron con Castro y fueron embajadores, uno en Portugal, primero, y en el Vaticano, después, y el otro embajador en Grecia. De Galbe sorprendió poco la actitud, porque siempre fue muy radical. Amado Blanco —al que en los medios teatrales, por rivalidad y mala uva le llamaban Odiado Negro— se acogió a la cómoda fórmula de católico-comunista. En el Vaticano era el más religioso de todos los embajadores. Fue famosa su actuación ante Juan XXIII. Dejó chiquitos a Chaplin y a Burt Lancaster. En el instante en que el Papa avanzaba para abrir el Concilio, Amado Blanco se arrodilló en medio del camino, interrumpió el paso del papa y le pidió en voz alta a Juan XXIII una bendición para el pueblo de Cuba. La amistad entre el Pontífice y el Embajador llegó tan lejos, que al sentirse morir Juan XXIII legó su reloj personal al embajador de Castro, según el sacerdote corresponsal del diario *Pueblo* en el Vaticano.

En cuanto a Galbe se conocía de él una vieja relación emotiva con Cuba, porque siendo joven, en España, sirvió de modelo a José María Chacón y Calvo para su libro *Hermanito menor*. El dulce niño llegó a ser hombre de mirada fija y gesto enfurruñado. Siempre le tuve miedo.

IX

De *Información* pasé al *Diario de la Marina*, decano de la prensa cubana e hispanoamericana. Pese a tratarse de un periódico definidamente profranquista durante la Guerra Civil, no faltaban allí españoles del exilio. Cito únicamente a dos: Alfonso Aguado Victoria y José María Capo. Ambos valencianos. Capo, internacionalista, novelista y hombre que —cosa rara en un español— conocía muy bien Hispanoamérica, era como periodista una verdadera estrella.

Alfonso Aguado Victoria, a quien hallé en el periódico como corrector de pruebas y corrector de estilo, pasó a ser mi auxiliar más cercano. Casado con una dama criolla de altísimos quilates, como nieta que era del gran Francisco Vicente Aguilera, me tomó el cariño de un padre. En España, cuando la República, llegó a gobernador de Badajoz, por lo que yo siempre le decía afectuosamente «el Emir de Badajoz», a sabiendas de que era valenciano, y muy valenciano, y perteneciente al grupo de Lerroux y del hijo de Blasco Ibáñez, Sigfrido.

Aguado murió en Miami, en el exilio, y la última y persistente ilusión de su vida era volver a verme. Ni eso, ni regresar a España pudo conseguir.

X

Finalizo, sin acabar ni mucho menos, citándome a mí mismo, saqueando el archivo.

Tendría que hablar de Manuel Altolaguirre, de Juan Chabás, del gran amigo Manuel Millares Vázquez, de Ángel Lázaro, de Rafael Suárez Solís, de Mercedes Pinto, de Matilde Muñoz, de Emilio Palomo, de Mariano Sánchez Roca, de Félix Montiel, del arquitecto Prat...

¡Cuánta vida, cuánta historia viva hay en cada uno y en todos estos hombres! Pero por hoy está bien. Paso a citarme, como dije, y comienzo hablando de Juan Ramón Jiménez, el Poeta Poeta, la poesía encarnada y encarnizada.

La primera vez que vi físicamente a Juan Ramón fue en su conferencia inicial ante la Sociedad Hispano-Cubana de Cultura, en 1937, en La Habana. Dijo unas palabras de salutación Camila Henríquez Ureña, mujer que merecía ser hermana de Pedro y de Max, con lo que está dicho todo. El difícilísimo trancé de «presentar» a Juan Ramón Jiménez lo venció Camila con la lectura de una página perfecta, en la que nos advertía de la dicha que nos tocaba al poder contemplar y escuchar a este poeta, como fue grande y muy recordada la dicha de quienes alguna vez vieron físicamente a Percy Bysshe Shelley.

Juan Ramón, muy pálido, no del susto del conferenciante con vergüenza, sino pálido de la vida, se sentó a leer, sosegada, clarísimamente, pero con una serenidad del surtidor, que nacía de su persona como del texto. Había una melancolía en derredor de su cabeza, pero me pareció una melancolía vieja, de raza, no de circunstancia. Y como Juan Ramón sabía estar sentado (cosa difícil), y mantenía muy erguida la cabeza, uno veía que en aquel señor triste, vestido de negro, había una majestad sin prosopopeya. Tenía, me pareció, la majestad de un rey moro en el destierro.

¡Y cómo leía este hombre! Fue por aquellos tiempos terribles, los días de la diáspora española de este siglo, cuando nuestra juventud se vio instruida, educada en el sentido más helénico de la palabra, por las voces y las fisonomías de maestros impares: María Zambrano, José Gaos, Joaquín Xirau, Claudio Sánchez Albornoz, Pedro Salinas (Cernuda vendría años después), José María Ots Capdequí, Fernando de los Ríos, Ramón Menéndez Pidal, José Ferrater Mora (quien, como Rubia Barcia y Bernardo Clariana, comenzaba su carrera), Gustavo Pittaluga, León Felipe, Domingo Barnés, Herminio Almendros, Álvaro de Albornoz, Jenaro Artiles, Mira y López...

De todos, el peor lector, por la miopía que le obligaba a pegarse el papel contra la cara, y por lo bajo de la voz, era don Ramón Menéndez Pidal; el más elocuente, en el sentido oratorio, Fernando de los Ríos; el más ameno, Gustavo Pittaluga, quien era

capaz de ofrecer conferencias doctísimas de hematología que sonaban a rica literatura; el más sabio, Claudio Sánchez Albornoz, que nos hizo recibir con fruición ¡un curso sobre behetrías e instituciones medievales españolas! ¿Pero cómo olvidar en el recuerdo de estas maestrías la presencia de José Gaos en el aula? ¿O la elegancia mediterránea pura de Joaquín Xirau disertando sobre Raimundo Lulio? ¿O la angustiosa lectura de León Felipe, siempre a punto de escaparse para una página del Antiguo Testamento, mundo al que en verdad pertenecía? ¿Y qué olvidar de aquella manera tan suave, pero profunda, acerada, que posee María Zambrano para explicar un texto de la filosofía griega o una visión de Séneca? Pues bien: con todas las maravillas que uno ha tenido ante sus ojos, y que le acompañan para toda la vida, yo me quedo con *el sonido*, con el tono interior de Juan Ramón en sus lecturas. No había teatralidad, ni énfasis excesivo, exterior, ni eso que los oradores llaman «recursos», tan frecuentes en el hombre hispánico, español e hispanoamericano, cuando se dirige a un público. En Juan Ramón, lector de sus textos, no había sino el instrumento musical *por naturaleza*, que brota a la manera del manantial-hilo-de-agua, no del manantial-torrente. Uno sentía inmediatamente que estaba ante el Poeta Viator, un hombre que va de viaje, que no se detiene nunca. Alguna vez le llamé el Judío Errante del Planeta Poesía. Ese río del romance español que él ve continuamente yendo y viniendo entre las venas de la poesía española estaba vivo en él y fluía constantemente. Cuando quedaba en silencio Juan Ramón, uno seguía trasoyéndole la música interior, enteramente como sucede con el mar.

XI

Quiero anotar expresamente que Juan Ramón Jiménez dio a las letras cubanas el *descubrimiento* de Lezama Lima. Lo que hizo a escala internacional después de la revolución Julio Cortázar con la obra de este artista fuera de serie, lo hizo antes, a escala nacional, Juan Ramón Jiménez.

Cierro este *popurrí* desordenado reproduciendo lo dicho a una pregunta del joven poeta cubano Felipe Lázaro sobre lo que fue para nosotros la estancia en La Habana de los exiliados españoles.

—De la estancia en La Habana de los intelectuales españoles aventados allí por la guerra civil, respondí y respondo, no hay que decir más que aquello fue el mayor regalo que pudimos recibir nunca los que éramos en ese momento «la juventud universitaria». La conducta de los catedráticos y autoridades de la Universidad de La Habana para con esos maestros —María Zambrano, José Gaos, Ots Capdequí, Xirau, Ferrater, y tantos otros maestros genuinos— fue una verdadera vergüenza, además, recubierta de una capa de hipocresía casi diabólica. Se les ofrecieron unas conferencias, algún cursillo muy breve, alguna velada literaria, etcétera..., pero no se les dieron cátedras, no se les ligó fuertemente a la Universidad, como era lo debido, y lo que convenía más, no a ellos, sino a la cultura cubana.

Los mejicanos fueron infinitamente más inteligentes y lúcidos que los cubanos. Véase lo que hizo en México el exilio español: lo hizo todo, lo renovó todo, lo engrandeció todo. Cuando un país tiene la oportunidad de «hacerse», de la noche a la mañana,

con figuras como María Zambrano, José Gaos, Joaquín Xirau, Claudio Sánchez Albornoz, y los deja escapar, por pequeñeces, por miedo a la competencia, por comine-rías, ese país puede clasificarse como tonto y desdichado.

De este asunto hablé alguna vez en el periódico, en un artículo titulado maliciosamente: *Antifranquistas en la escalinata, y franquistas en el rectorado*, que me trajo cóle-ras y maldiciones sin cuento. Todo aquello fue mezquino; una página tenebrosa en la historia de la cultura entre nosotros. A Gustavo Pittaluga, una de las glorias de la medicina europea, le obligaron a sentarse en un banquito y contestar quince preguntas para permitirle trabajar como médico. ¡Puro tercermundismo cultural y subdesarrollo mental!

Una anécdota de María Zambrano.— Quiero que María Zambrano me perdone la indiscreción de relatar algo personal ocurrido entre ella y yo. Violo, a sabiendas, una regla elemental de educación, porque quiero añadir una pincelada más al conoci-miento de esta excepcional figura, honor de la inteligencia, honor de la República, en grado equivalente al de Antonio Machado.

Conocíamos las dificultades económicas en que se debatían, silenciosa, heroicamen-te, ella y su hermana Araceli, persona encantadora que mucho merecía ser hermana de María Zambrano.

Nunca me hubiese atrevido a invitar a la escritora a publicar colaboraciones en el *Diario de la Marina*, dado el carácter del periódico, por no irrumpir en el terreno de la conciencia y de la ética política de María, persona a la que respetaban hasta los cuba-nos más vulgares y chocarreros. Pero un día el presidente de la empresa editora del Diario, Jorge Barroso Piñar, un caballero, me pidió que viera en su nombre a María para pedirle enviase al periódico cuantas colaboraciones quisiese, y sobre los temas que ella escogiera.

El doctor Barroso actuaba movido por Josefina Tarafa, mujer que con Lydia Cabre-ra y con un corto número más de personas sensibles, trataba de ayudar a la escritora, sin herir su decoro. Barroso era al mismo tiempo apoderado de la familia Tarafa y de la empresa editora. Pensé que al encomendarme el pedido tendría ya, por la Tarafa, respuesta favorable de María Zambrano.

Antes hay que decir que la situación de ella no era como para rechazar una oportuni-dad como aquella. Pues bien: al exponerle yo, con el máximo tacto de que fuera capaz, lo ofrecido por el doctor Barroso, María, delicadamente, con lágrimas en los ojos, me dijo: «Gastón, comprenda que yo no puedo escribir en ese periódico. Agradézcale en mi nombre a su amigo, pero comprendan que me es imposible, absolutamente imposi-ble.»

Esto es grandeza moral. Esto es tener un sentido heroico de la dignidad y de la cohe-rencia ética, de conciencia. María respetaba su ideología política como respetaba el sa-ber filosófico y respetaba la docencia. Colmó su elegancia despidiéndome ese día más cariñosamente que nunca.

Fue en aquella ocasión, inolvidable como un texto filosófico de María Zambrano, cuando al despedirme me besó en la frente.

Gastón Baquero